

CULTURA Y PERSONALIDAD

Ralph Linton

FCE, México, 1978, pp. 17-41

CAPITULO 1:

El individuo, la cultura y la sociedad

Como respuesta a aquella vieja sentencia de “hombre, concóctete a tí mismo”, tenemos los estudios del individuo, la cultura y la sociedad, y el de sus múltiples relaciones recíprocas. Desde tiempo inmemorial se ha admitido tácitamente la mayor parte de los fenómenos de que dichos estudios se ocupan, pero su investigación había estado casi siempre en manos de filósofos y teólogos. Hasta las dos o tres últimas generaciones no se llegaron a considerar como un campo apropiado para la investigación científica, pero aun en la actualidad son grandes las dificultades con que ésta se lleva a cabo, pues si bien la actitud científica se invoca cada vez con más éxito, son muchas las técnicas tenidas por científicas que no pueden aplicarse a fenómenos de este orden. Así, la naturaleza misma del material excluye en gran parte el empleo de los métodos experimentales. Las cualidades intrínsecas de las culturas y sociedades son tales que resulta imposible producirlas a la medida o bajo rígidas condiciones de control. El individuo es algo más dócil a las técnicas experimentales, pero aun él deja mucho que desear, pues incluso el niño llega ante el investigador provisto de su bagaje de experiencia y potencias congénitas, biológicamente determinadas. Estas últimas constituyen la incógnita de una ecuación que por ahora no puede resolverse mediante las técnicas de que se dispone. Teóricamente sería posible llegar a conocer los factores congénitos creando linajes humanos de herencia casi uniforme mediante un apareamiento controlado. De este modo se podrían observar los diversos tipos de personalidad producidos por las distintas condiciones ambientales que creara el investigador. Sin embargo, estos “conejillos de indias” humanos pertenecen a un futuro tan lejano como desconsolador en términos de todo lo que se nos ha enseñado a respetar. Incluso el primer paso, o sea el de obtener los linajes puros, tendría que aguardar a la realización de un suceso tan improbable como es la desaparición de los tabús de incesto.

Por ningún concepto todas las dificultades con que tropieza el investigador radican en estas limitaciones de aplicación del método experimental. Personalidad, cultura y sociedad, son configuraciones en que tanto la acomodación a normas del conjunto como su organización son más importantes que cualquiera de sus partes constitutivas. Hasta hace muy poco tiempo existía la tendencia científica al análisis cada vez más minucioso de dichas configuraciones y al estudio de las partes más que del conjunto. Aun hoy día, cuando se ha llegado a reconocer en general la importancia de las configuraciones como tales, ha podido notarse una notable falta de técnica para estudiarlas. Por

último, todavía es un severo obstáculo la carencia de unidades exactas que puedan usarse para la medición de la mayoría de los fenómenos sociales y culturales, pues mientras esas unidades no se establezcan será imposible aplicar muchas de las técnicas matemáticas que en otros campos de la investigación han dado resultados tan valiosos.

Pero en los estudios psicológicos es donde se ha logrado el mayor adelanto técnico de todo el campo científico a que nos referimos. En ellos se ha podido crear una larga serie de pruebas o *tesas*, muchas de las cuales parecen dar resultados sólidos. La mayor parte de estas pruebas sólo sirven para revelar determinados aspectos del contenido de la personalidad, pero no las configuraciones de la personalidad como un todo. Basándose en los resultados a que conducen, una serie de individuos pueden clasificarse de acuerdo con una sola cualidad, como la inteligencia, pero esa serie se distribuirá en un orden bien diferente si se clasifica de acuerdo con otra cualidad, por ejemplo la agresividad. El progreso más reciente en este campo, y el más prometedor desde ciertos puntos de vista, está representado por la creación de pruebas encaminadas a conocer el conjunto de la configuración de la personalidad. Estas todavía se encuentran en su infancia, pero pruebas como la de Rorschach y de la apercepción temática de Murray, ya han encontrado su valor, y es mucho lo que prometen para el futuro.

Aun cuando las pruebas formales hayan llegado a su más alto grado de perfección, no podrán resolver algunos de los problemas más importantes relativos al estudio de la personalidad. Las pruebas sólo arrojan luz sobre la personalidad tal como es en el momento del examen. La personalidad es un continuo dinámico, y si bien es importante descubrir su contenido, o sea su organización y actuación en un momento dado, todavía lo es más descubrir los procesos de su desenvolvimiento, crecimiento y transformación. Respecto a estos procesos las pruebas no pueden darnos más que una serie de puntos aislados de la trayectoria de la vida del individuo. En la actualidad todavía se dispone de muy pocos registros de este tipo, de modo que, mientras no sean suficientes, el mejor modo de acometer los problemas del desarrollo de la personalidad consistirá en el estudio y la comparación de las historias de la vida de los individuos, pues éstas se pueden obtener de ellos mismos. A este respecto, el psicoanálisis ha logrado hacer una importante labor, pero aun en este caso todavía es mucho lo que está por hacer en cuanto a la implantación de técnicas objetivas. A pesar de la manifiesta validez de muchas de las conclusiones psicoanalíticas, éstas se han obtenido en su mayor parte por juicios subjetivos que no son susceptibles de someterse al tipo de comprobación que en el campo de las ciencias exactas exigen los investigadores.

Lo más probable es que con el transcurso del tiempo desaparezcan muchas de las dificultades que acabamos de enumerar. Pero mientras se crean nuevas técnicas adaptadas a las cualidades particulares de la personalidad, la cultura y la sociedad, los investigadores se ven obligados a obtener sus conclusiones mediante la simple observación y comparación de sus materiales, un método parecido al del naturalista de la antigua escuela y no al del modo del investigador de la conducta animal. Sin embargo, no debe olvidarse que sin las orientaciones facilitadas por los trabajos de los

naturalistas, muchos de los adelantos posteriores habrían sido imposibles. Los estudiosos de la conducta humana, ya sea en el plano individual o social, han logrado crear técnicas descriptivas adecuadas y un vasto cuerpo de conocimientos sobre los fenómenos de que han de ocuparse. También han venido percatándose cada vez más de la complejidad de este material, así como de la estrecha dependencia funcional recíproca del individuo, la sociedad y la cultura. Siguiendo las antiguas tendencias atomísticas de la investigación científica, cada una de esas entidades se ha considerado como un campo de investigación separado, haciéndolas objeto de una disciplina distinta. El individuo fue asignado a la psicología, la sociedad a la sociología y la cultura a la antropología cultural, si bien las dos últimas ciencias han presentado una constante tendencia a traspasarse en sus investigaciones. Pero ahora va patentizándose que es tan estrecha la integración entre individuo, sociedad y cultura, y tan continua su acción recíproca, que el investigador que intente trabajar con alguna de esas entidades sin tomar en consideración las otras dos bien pronto llegará a un callejón sin salida. No obstante esto, aún hay campo para los especialistas, y todavía existen intereses creados que benefician la separación de las diversas disciplinas científicas. Sin embargo, no parece aventurado asegurar que dentro de unos años más asistiremos al surgimiento de una nueva ciencia de la conducta humana que vendrá a sintetizar los descubrimientos de la psicología, la sociología y la antropología. Es probable que a su debido tiempo se añada a esta trinidad de ciencias la biología, pero se conoce tan poco aún la relación entre los fenómenos biológicos por una parte, y los psicológicos, sociales y culturales por la otra, que lo más cauto es omitirla por ahora.

A pesar de las recíprocas relaciones funcionales del individuo, la sociedad y la cultura, estas tres entidades pueden —y deben— diferenciarse, para propósitos descriptivos. Si bien rara vez un determinado individuo es de gran importancia para la supervivencia y funcionamiento de la sociedad a que pertenece o de la cultura que participa, es el *individuo*, sus necesidades y sus potencialidades, lo que constituye los cimientos de todos los fenómenos sociales y culturales. Es que toda sociedad es un grupo organizado de individuos y, en último análisis, toda cultura no consta más que de las repetidas reacciones organizadas de los miembros de la sociedad. Por esta razón, el individuo es el punto lógico de partida para cualquier investigación más amplia.

Puede suponerse que las necesidades del individuo son las que proporcionan los estímulos que regulan su conducta, y a través de ésta, son la causa del funcionamiento tanto de la sociedad como de la cultura. Las necesidades de los seres humanos son más numerosas y de más variado tipo que las de cualquiera otra especie animal. Además de las que puedan derivarse directamente de las tendencias fisiológicas como alimentarse, dormir, escaparse al dolor o la satisfacción sexual, el hombre tiene toda una serie de otras necesidades cuya relación con dichas tendencias todavía no puede demostrarse con toda claridad, y que, a falta de un término más adecuado, podemos llamar *necesidades psíquicas*. Aunque por lo general se denominan primarias a las necesidades del individuo que se determinan fisiológicamente, y secundarias a las psíquicas, esta distinción está justificada sobre todo desde el punto de vista genético, pues es incuestionable que las necesidades fisiológicamente determinadas

aparecen primero en el curso general de la evolución y son las primeras en manifestarse en el ciclo de la vida individual. Sin embargo, como estímulos de la conducta del adulto, tanto las necesidades físicas como las psíquicas parecen estar situadas a un nivel muy semejante. Tal vez en algún prolongado conflicto entre los dos tipos se manifestará la superioridad de las necesidades físicas, pero la victoria de las exigencias corporales nunca puede asegurarse. Los huelguistas de hambre persisten hasta el final y, según todavía ayer ocurrió en Europa, hay hombres que mueren torturados antes que traicionar a un amigo o incluso antes de abandonar una opinión. Y en las exigencias menos violentas de la vida diaria, a cada paso se encuentra que las necesidades psíquicas tienen preeminencia sobre las físicas. Todo el mundo sabe cuánto suelen sufrir las mujeres por “guardar la línea”.

Pero a pesar de la importancia de las necesidades psíquicas como estímulos de la conducta, todavía es muy poco lo que de ellas se sabe. Oscuras en su génesis, y ni siquiera se han escrito o clasificado como es debido. Los enunciados de la psicología son tan vagos que es sumamente difícil tratarlos mediante métodos objetivos exactos. La naturaleza, y hasta la presencia misma de las necesidades psíquicas, sólo pueden deducirse de la conducta o comportamiento a que dan origen. Pero esta conducta es tan varia que en gran parte el problema consiste en elegir si hay que atribuirla a un corto número de estímulos generales o a un gran número de estímulos específicos. Si se adopta el segundo punto de vista, las necesidades psíquicas pueden ampliarse casi al infinito, perdiéndose así casi todas las ventajas que tienen los sistemas taxonómicos. Al hacer una clasificación adecuada de las necesidades psíquicas, surge otra dificultad por el hecho de que cualquier necesidad humana, ya sea física o psíquica, rara vez guarda una relación definida y aislada con algún patrón o norma de conducta. Cuando el hombre actúa, especialmente si lo hace de acuerdo a una pauta cultural establecida, por lo general la acción contribuye a satisfacer simultáneamente diversas necesidades de distinto orden. Así, el hecho de vestarnos obedece en parte a la necesidad de proteger el cuerpo, pero en parte también va encaminado a satisfacer la vanidad, o por lo menos a evitar la censura. En tales circunstancias, lo más seguro es no tratar de sentar clasificación alguna de las necesidades psíquicas, limitándonos a hacer un breve estudio de unas cuantas que parecen ser las más generales e importantes para comprender mejor la conducta humana.

La más notable y la más activa de las necesidades psíquicas del hombre, quizá sea la de la respuesta emotiva de los demás. Empleamos de un modo deliberado la expresión respuesta emotiva porque la obtención de simples respuestas de conducta puede dejar completamente insatisfecha la necesidad a que nos referimos. Así, en una ciudad moderna, al individuo le es más fácil tener actuaciones recíprocas en términos formales, culturalmente establecidos, con un gran número de sus semejantes, y obtener de ellos servicios necesarios sin tener que provocar respuestas emotivas. En esta situación, su necesidad psíquica de tener respuestas sigue insatisfecha, de modo que es presa de las sensaciones de soledad y aislamiento que casi son tan agudas como cuando en verdad se encuentra solo. En realidad, esta experiencia deprime más que la genuina soledad, pues todos sabemos lo que significa estar solo entre una muchedumbre. La necesidad de tener respuestas, y particularmente de las

favorables, representa para el individuo el estímulo principal de una conducta socialmente aceptable. La gente se apega a las costumbres de la sociedad lo mismo por el deseo de aprobación que por temor al castigo.

Esta necesidad de tener de los demás una respuesta emotiva es tan universal y tan poderosa, que muchos sociólogos la han llegado a considerar como instintiva, en el sentido de ser innata. Pero quizá no se resuelva nunca el problema de si realmente es así o no viene a ser más que una resultante de condiciones externas. Durante la infancia, el individuo depende en tal grado de quienes le rodean que no le es posible sobrevivir sin obtener respuesta de ellos. En consecuencia, dichas respuestas tendrían que relacionarse con la satisfacción de sus necesidades incluso las más elementales, pudiendo persistir su deseo aun después de haber creado técnicas para satisfacerlas sin ayuda alguna. Por otra parte, hay pruebas suficientes de que hasta los niños muy pequeños necesitan para su bienestar cierta suma de respuestas emotivas, cuya falta parece ser la única explicación posible de la alta mortalidad infantil observada en las antihigiénicas condiciones de la vida doméstica. Como ha dicho muy sucintamente un destacado psicoanalista: “los niños sin cariño se mueren”.¹ Puesto que todo individuo pasa por las experiencias de la infancia, realmente resulta académico el problema de si esta necesidad es congénita o adquirida. De todos modos su presencia es universal.

Una segunda necesidad psíquica, y también universal, es la seguridad de largo plazo. Gracias a la aptitud humana de concebir el tiempo como un continuo que se extiende del pasado y el presente hacia el futuro, las satisfacciones del presente no bastan, en cuanto las del futuro permanecen inseguras. Tenemos necesidad constante de confirmar nuestra seguridad, aunque el mismo sentido del tiempo que nos permite atormentarnos por lo que pueda suceder, también nos permite posponer la satisfacción de las necesidades actuales y tolerar las incomodidades del momento en espera de recompensas futuras. Esta necesidad de seguridad y de confirmarla se refleja en innumerables formas de conducta culturalmente normada. Conduce al artesano primitivo a mezclar la magia con su tecnología y al hombre de cualquier nivel cultural a imaginar paraísos en que sea debidamente recompensada la buena conducta del presente. Resultaría ocioso especular sobre los orígenes de esta necesidad, a causa de lo muy limitado de nuestros conocimientos actuales sobre los procesos psicológicos. Basta con reconocer su importancia como motivación de una conducta previsora.

La tercera y última necesidad que merece mencionarse aquí es la necesidad de experimentar cosas nuevas. Posiblemente esta sea la menos imperiosa de las que se acaban de citar, o por lo menos parece que rara vez entra en juego mientras no se hayan satisfecho muchas otras. Encuentra su expresión en el fenómeno tan familiar del aburrimiento y conduce a todo tipo de conducta experimental. Lo mismo que en el caso de la necesidad de obtener una respuesta, también para ésta existe una posible explicación en términos de un condicionamiento temprano. Durante su primera infancia, el individuo tiene constantemente nuevas experiencias y puesto que muchas de ellas son agradables, las cualidades de novedad y agrado muy bien pueden llegar a quedar asociadas en la

¹ Dr. S. Ferenczi, citado por el Dr. Abram Kardiner.

expectativa de nuevas experiencias. Por otra parte, las raíces de esta necesidad tal vez sean más profundas, pues aun los niños muy pequeños muestran tendencias experimentales, y Pavlov ha descubierto en los animales lo que llama el reflejo exploratorio.

El papel que tanto las necesidades físicas como psíquicas desempeñan en la conducta humana es estrictamente el de causas primarias. Sin el aguijón que suministran el individuo permanecería inactivo. Actúa para resolver la tensión, y esto se aplica no menos a las acciones externas que a las internas como aprender y pensar. Sin embargo, las formas que adopta la conducta jamás son explicables únicamente en función del estímulo de las necesidades. Estas son fuerzas cuya expresión se modela por una multitud de otros factores. La conducta que bastaría para satisfacer cualquier necesidad, o combinación de necesidades, requiere que se organice en constante relación con el medio en que el individuo tiene que actuar, medio que comprende factores de ambiente y de experiencia. Así, la conducta que sirve para satisfacer la necesidad de alimentarse es totalmente diferente en una ciudad moderna y en un medio primitivo, aparte de que las técnicas que emplee en cada caso el individuo variarán de acuerdo con su propia experiencia. En el ambiente primitivo, los que estén acostumbrados a cazar conseguirán el alimento de un modo completamente distinto que, quienes no lo estén.

Si las formas de la conducta humana no pueden explicarse en función de las necesidades del individuo, tampoco se explican basándolas en su potencialidad innata para la acción. Esta potencialidad marca los límites a las formas que la conducta humana puede adoptar, pero deja un campo de posibilidades extraordinariamente amplio de modo que la selección de algunas de esas posibilidades la determinan otros factores. La conducta del sujeto la determina inmediatamente su experiencia, pero ésta, a su vez, se deriva del contacto de aquél con el medio ambiente en que vive, de aquí que para comprender la personalidad individual y la personalidad en general es indispensable conocer el medio ambiente.

Si bien no hay dos individuos que se hallen en medios idénticos, pues ni en el caso de gemelos idénticos criados en el seno de la misma familia se presenta tal identidad, en cambio todos los medios tienen ciertos rasgos comunes. Existe una propensión a considerar que el medio ambiente está constituido por fenómenos naturales como son la temperatura, el terreno o la provisión alimenticia disponible, factores que inevitablemente varían en el tiempo y el espacio. Pero aunque estas cosas se reflejen en la experiencia del individuo, y por conducto de ella en la personalidad, en la formación de ésta parecen de importancia secundaria, porque entre el medio ambiente natural y el individuo siempre se interpone un medio ambiente humano, de importancia mucho mayor. Dicho medio lo constituye un grupo organizado de otros individuos, es decir, una sociedad, y una manera de vivir que es característica de ese grupo, o sea, una cultura. La acción recíproca del individuo y de estos fenómenos origina la formación de la mayoría de los tipos de conducta, incluso de sus respuestas emotivas más profundamente arraigadas.

Aunque desagradable a los vanidosos, hay muy pocos individuos que sean algo más que simples incidentes en la historia de la vida de las sociedades a que pertenecen. Desde hace mucho

nuestra especie alcanzó aquel punto en que los grupos organizados, y no sus miembros aislados, llegaron a ser las unidades funcionales en la lucha por la existencia. La vida social es tan característica del *homo sapiens* como puede serlo la dentición o el pulgar oponente. Sin embargo, vistos los antecedentes y la naturaleza del hombre, lo más sorprendente de las sociedades humanas es que se hayan podido desarrollar. Por ningún concepto es nuestra especie la primera que hizo el experimento de vivir en grupos organizados, pero muy profundo es el abismo que separa nuestras sociedades de las de nuestros parientes subhumanos, aun de los más cercanos. Para encontrar un verdadero paralelo con la situación humana es preciso acudir a los miembros de otro *phylum*, al de los insectos. Estos seres han creado sociedades un poco menos complicadas que las nuestras, pero las han desarrollado mediante métodos que nosotros no podemos emplear. Los insectos han desarrollado sus instintos a expensas de su aptitud para aprender y, sobre todo, a expensas de su inventiva. Toda su tendencia evolutiva se ha orientado a producir complicados autómatas vivientes que se ajusten a ambientes fijos. Son seres en los que el máximo de eficiencia se combina con el mínimo de individualidad. Los insectos aprenden con dificultad y olvidan rápidamente, pero en la mayoría de los casos pueden completar en breve ciclo de su vida sin tener nada que aprender, y menos problemas que resolver. El ajuste de dichos autómatas al funcionamiento de una sociedad complicadamente organizada, sólo es un paso de avance en relación con el de un medio ambiente natural, estable y limitado, lo que no implica ningún nuevo principio. Toda hormiga o abeja se adapta a su sitio en la comunidad mediante una combinación de sus instintos con la especialización estructural. Tanto desde el punto de vista físico como psíquico, están organizadas para ser obreros o soldados, e incapacitadas para actuar en alguna otra forma. Tienen un mínimo de necesidades individuales y ninguna que las pueda poner en conflicto con los demás miembros de la misma comunidad. Con excepción de los momentos en que estos himenópteros se disponen a llenar sus funciones reproductoras, se hallan despojados de las exigencias sexuales, que constituyen tan fecunda fuente de conflictos entre la mayoría de los vertebrados. En suma, los insectos sociales, más que individuos, son unidades uniformes intercambiables. Desde el momento en que nacen están tan exactamente ajustados a sus predestinadas funciones sociales que son incapaces de apartarse de ellas. La lucha de clases jamás pudo haber surgido en un hormiguero, pues sus unidades son como bloques perfectos de un edificio social homogéneo, compactamente integrado y absolutamente estático. La hormiga nace con cuanto el dictador más estricto podría desear que tuvieran sus súbditos.

En franco contraste con los insectos sociales, el hombre es el producto final de un proceso evolutivo cuya tendencia general se ha orientado hacia una individualización cada vez mayor. Los mamíferos se especializaron en la aptitud para aprender y, en las más elevadas etapas de su desarrollo, para pensar. Cuando nuestros antepasados lograron alcanzar el nivel humano ya habían perdido la mayor parte de sus respuestas automáticas, y las que sobrevivieron eran del tipo más sencillo. El hombre carece de instintos, al menos en el sentido en que usamos el término al hablar de la conducta de los insectos. Prácticamente, el hombre tiene que aprender o inventar cuanto hace, de modo que el

individuo, no sólo puede, sino que debe crearse sus propias pautas de conducta. Además, no obstante la fijación parcial de estas pautas mediante el proceso formativo de los hábitos, jamás llegan a establecerse y a ser inmutables, como ocurre con los instintos. Conjuntamente con la aptitud humana para aprender y formar hábitos, existe la aptitud igualmente importante de olvidar, para reconocer situaciones nuevas a que aplicarlos y para inventar nuevos comportamientos con que hacerle frente a éstas. En consecuencia, son infinitas las posibilidades de variación de la conducta individual. Cuando varias personas reaccionan de la misma manera ante una situación, la causa debe buscarse en la experiencia común que tienen esos individuos. Claro es que este caudal de experiencia común será mucho mayor en los miembros de una misma sociedad que en los de sociedades diferentes. Sin embargo, existen ciertas clases de experiencia comunes a toda la humanidad, como por ejemplo el que todo adulto haya dependido en su primera infancia del cuidado de otros individuos. Estas experiencias comunes, y las necesidades y aptitudes también comunes a la humanidad, son las causas de esa uniformidad de conducta.

Intrínsecamente, los miembros de nuestra especie parece que tienen un poder de diferenciación e individualización mayor que el de cualquier otra. La tendencia global de nuestra evolución se ha apartado bastante de aquellas unidades uniformes que son los bloques ideales para las edificaciones sociales complejas. ¿Cómo llegamos a ser sociables? Esta es una pregunta que no deja de ser un enigma. Nuestros parientes subhumanos, que participan de nuestras cualidades psicológicas con diferencias de grado más que de índole, son por lo general gregarios; pero hasta las sociedades de los antropoides carecen de la especialización y diferenciación de las funciones sociales que tanto caracterizan a las nuestras.

Tan profundo es el abismo que separa estas sociedades de las humanas más sencillas, que el desarrollo de nuestros propios patrones de vida social tienen que considerarse como un verdadero *tour de force* evolutivo. Nosotros somos antropoides que estamos tratando de vivir como termites, careciendo de la mayor parte de su propia dotación. ¿Qué no habríamos hecho si tuviéramos instintos!

Sea cual fuere la génesis de las sociedades humanas todas tienen en común ciertos rasos. El primero y quizá el más importante consiste en que más que el individuo mismo, es la sociedad la que ha llegado a ser en nuestra especie la unidad importante en la lucha por la existencia. Con excepción de ciertos accidentes desventurados, como sería el de Robinson Crusoe, todos los seres humanos viven como miembros de grupos organizados, y sus destinos se hallan inextricablemente ligados al del grupo a que pertenecen. No es posible sobrevivir a los peligros de la infancia ni satisfacer las necesidades del adulto sin la ayuda y cooperación de otros individuos. Mucho tiempo hace ya que la vida humana pasó de la etapa del artesano individual a la del grupo, en que cada persona da su contribución, pequeña y específica, a la producción.

Una segunda característica de las sociedades radica en que tienen éstas normalmente una duración mucho mayor que la vida del individuo. Por el accidente del parto, cada uno de nosotros ingresa en una organización que ya es una entidad funcionando. Aunque bajo determinadas

condiciones puedan llegar a formarse nuevas sociedades, la mayoría de la gente nace, vive y muere como miembros de la misma sociedad. Su problema como individuo no es el de ayudar a la organización de una nueva sociedad, sino el de ajustarse a los patrones de un grupo viviente, que mucho antes de nacer él llegó a implantarse. Apenas es necesario señalar este hecho, pero es que en muchos estudios se confunde la génesis de las formas sociales con la de la conducta social en el individuo. El origen de una institución como la familia es problema de índole totalmente distinta al de la forma en que el individuo llega a ser miembro funcional, plenamente integrado, de una familia.

Como tercera característica tenemos que las sociedades son unidades funcionales, actuantes. A pesar de ser obra de los individuos, funciona como conjuntos. Los intereses de cada uno de los miembros que las componen están subordinados a los del grupo entero, el que ni siquiera vacila en eliminar alguno de sus miembros cuando juzga que conviene así a la sociedad en conjunto. Los hombres van a pelear y a morir en las guerras por las que la sociedad puede resultar protegida o enriquecida, y al criminal se le destruye o aparta porque es un elemento perturbador. Menos manifiestos, pero más frecuentes, son los sacrificios diarios de las inclinaciones y deseos que la vida social impone a quienes participan en ella. Esos sacrificios se ven recompensados de muchas maneras, en su mayoría por las respuestas favorables de los demás. Sin embargo, pertenecer a una sociedad significa hasta cierto punto el sacrificio de la libertad personal, por ligeras que sean las restricciones que la sociedad conscientemente imponga. Las llamadas sociedades libres no son en realidad sino aquellas sociedades que estimulan a sus miembros para que expresen su individualidad en cosas de poca importancia y aceptables desde el punto de vista social, pero al mismo tiempo obligan a sus miembros a vivir entre innumerables reglas y prescripciones, haciéndolo tan sutil y cabalmente que apenas las notan. Si una sociedad ha logrado modelar al individuo en forma adecuada, se somete a muchas de las restricciones que aquélla le ha impuesto con la misma inconsciencia que ejecuta los movimientos para andar.

La cuarta característica es la siguiente: en toda sociedad, las actividades necesarias para la supervivencia del conjunto están divididas y repartidas entre sus miembros. No hay sociedad, por sencilla que sea, que no distinga por lo menos entre los quehaceres del hombre y los de la mujer, y en su mayoría también distinguen a ciertos individuos que consideran como intermediarios entre el hombre y lo sobrenatural, o como jefes para organizar y dirigir las actividades del grupo en señaladas funciones. Esta división representa el mínimo absoluto, y en casi todas las sociedades se lleva mucho más lejos, teniendo en cuenta la especialización industrial y los funcionarios sociales. La división formal de las actividades es la que da la estructura, la organización y la cohesión. De una simple masa amorfa de individuos que constituyen la sociedad la transforma en un organismo. Cada paso que dan en la diferenciación de las funciones, hace depender más de la totalidad a los individuos que las ejecutan. El vendedor no puede existir sin los compradores, ni el sacerdote sin una congregación.

La existencia de este sistema de organización es la que hace posible que persista a través del tiempo la sociedad. Los simples procesos biológicos de la reproducción bastan para perpetuar el grupo, pero no la sociedad. Las sociedades son como las *Constituciones* de algunos países, que parte por parte van siendo reemplazadas sin dejar de conservar los principios básicos originales. El símil no es totalmente satisfactorio, puesto que la estructura de las sociedades también cambia con el transcurso del tiempo a consecuencia de las necesidades impuestas por el cambio de condiciones. Sin embargo, dichos cambios son en su mayor parte graduales, de modo que, no obstante ellos, no dejan de existir sus principios básicos. Las sociedades se perpetúan como entidades distintas mediante la preparación de los individuos que nacen en el grupo, a fin de que ocupen sus lugares en el seno de la estructura social. Para sobrevivir no sólo tienen que contar con miembros sino también con especialistas, con gente que sea capaz de hacer ciertas cosas superlativamente bien mientras la elaboración de las otras se deja al cargo de los demás. Desde el punto de vista del individuo, el proceso de la socialización es, pues, el de aprender lo que tiene que hacer para otras personas y saber lo que de ellas está destinado a esperar.

Tanto las experiencias de laboratorio como el sentido común nos enseñan que la esencia del éxito en el aprendizaje consiste en la recompensa o el castigo a que conduzca. La conducta que conduce a un resultado apetecible se aprende con mucho más rapidez y facilidad que la que conduce problemáticamente. El éxito de la preparación del individuo para ocupar un sitio en la sociedad depende de la uniformidad de la conducta de los miembros de la sociedad. El muchacho puede aprender a actuar como un hombre y aspirar a ser un hombre próspero el día de mañana, porque todos los de su sociedad están de acuerdo en cómo deben conducirse los hombres, y los recompensa o castiga según se acerquen a estas pautas o se aparten de ellas. Al conjunto de éstas los antropólogos le llaman *patrones culturales*. Sin ellos no es posible que ninguna sociedad funcione o sobreviva. Tan importante es el concepto de cultura, que será preciso tratarlo en un capítulo especial, pero por el momento bástenos definir una cultura como la forma de vivir en una sociedad. Esta forma de vivir comprende innumerables detalles de conducta, pero todos presentan ciertos factores comunes. Todos representan la respuesta normal, anticipada, de cualquier miembro de la sociedad a una situación determinada. En consecuencia, a pesar del número infinito de variantes menores en las respuestas de los diversos individuos, o aun en las del mismo individuo en momentos distintos, se hallará que en una sociedad casi toda la gente responde en la misma forma ante una situación dada. Por ejemplo, en nuestra sociedad, casi todo mundo come tres veces al día y hace una de estas comidas aproximadamente al mediodía, y son tenidos por raros a los que no siguen esta rutina. Este consenso de conducta y opinión constituye un patrón o pauta cultural, y la cultura en su conjunto no es más que un agregado más o menos organizado de dichos patrones.

La cultura como un todo, suministra a los miembros de una sociedad la guía indispensable para todos los momentos de la vida. Sin ella, ni los miembros ni la sociedad misma podrían funcionar de una manera eficaz. El hecho de que los individuos reaccionen a una situación dada en una misma

forma, capacita a cualquiera para predecir su conducta con un alto grado de probabilidad, si bien nunca con absoluta certeza. Esta capacidad de predicción es un prerrequisito para todo tipo de vida social organizada, pues si el individuo va a dedicarse a hacer cosas para los demás tiene que estar seguro de que obtendrá algo en cambio. La existencia de los patrones o pautas culturales le proporcionan esa seguridad, ya que tienen como fundamento la aprobación social y representan el poder que tiene la sociedad de presionar a los que no se acomodan a ellos. Además, mediante prolongada experiencia, y por el empleo del método de ensayo y error, las pautas culturales características de cualquier sociedad se han llegado a ajustar bastante unas a otras. El individuo puede obtener buenos resultados si se adhiere a ellas, y si no lo hiciera, serán éstos negativos. El viejo proverbio de “a la tierra que fueres haz lo que vieres” está basado en una sensata observación, ya que en toda sociedad las cosas están organizadas en función de las pautas culturales de la localidad y no conviene apartarse de ellas.

Si la existencia de los patrones culturales es necesaria en toda sociedad, igualmente lo es para su perpetuación. La estructura, es decir, el sistema de organización de una sociedad, es en sí misma un asunto de orden cultural. Aunque con propósitos descriptivos podamos acudir a las analogías y reducir dicho sistema a términos de posiciones, éstas no pueden definirse si no es en función de la conducta que se espera de sus ocupantes. Para que el individuo ocupe una posición determinada tal vez se necesiten previamente ciertas características en cuanto a la edad, el sexo o el parentesco biológico, pero incluso fijar estas características previas es un asunto de orden cultural. Por esto en nuestro sistema social no es posible definir la posición del padre y el hijo mediante la exposición del parentesco biológico existente entre los dos sino que se requiere una reseña de la conducta, culturalmente modelada, que los ocupantes de estas posiciones guardan entre sí. Cuando llegamos a las posiciones como las de patrón y empleado, sencillamente nos es imposible definir las, si no es en cuanto a lo que se espera que haga cada uno de ellos para (o por) el otro. Una posición en un sistema social, como cosa distinta del individuo o individuos que en un momento dado pueden ocuparla, no es más que un aspecto de las pautas culturales. De igual manera, el sistema social es una configuración todavía más extensa de las mismas pautas. Esta configuración es la que proporciona al individuo las técnicas para la vida en grupo y la interacción social, del mismo modo que otras configuraciones de pautas, también dentro de la cultura, le suministran técnicas para la explotación del medio ambiente natural o para protegerse de los peligros sobrenaturales. Las sociedades se perpetúan enseñando a los individuos de cada generación las pautas culturales referentes a la situación que es de esperar que tengan en la sociedad. Los nuevos miembros de la sociedad aprenden la forma de comportarse como maridos, jefes o artesanos, y haciéndolo así perpetúan estas posiciones y con ellas el sistema social. Sin la cultura no podría haber sistema social alguno de tipo humano, ni la posibilidad de ajustar a él a los nuevos miembros del grupo.

No se me escapa que en el análisis precedente se ha hecho especial hincapié en el papel pasivo del individuo y en la forma en que se ve modelado por los factores culturales y sociales, por lo que es

ahora oportuno presentar el otro aspecto. Por muy cuidadosamente que el individuo haya sido preparado y por satisfactorias que hayan sido las condiciones que lo rodeen, nunca deja de ser un organismo distinto con sus propias necesidades y capacitado para pensar, sentir y actuar con independencia. Además, conserva un grado considerable de individualidad, ya que su integración dentro de la sociedad y la cultura sólo llega hasta las respuestas que ha aprendido, y aunque en el adulto estas respuestas sean muchas, todavía queda una buena parte del individuo en libertad, pues hasta en las sociedades y culturas de integración más compacta no hay dos personas que sean absolutamente semejantes.

En efecto, el individuo desempeña un doble papel en relación con la sociedad. En circunstancias ordinarias, cuanto más perfecto sea su condicionamiento e integración consiguiente a la estructura social, más eficaz será su contribución para el funcionamiento uniforme del conjunto y más seguras sus recompensas. Sin embargo, las sociedades tienen que existir y funcionar en un mundo que continuamente está cambiando. La aptitud de nuestra especie para ajustarse a las nuevas condiciones e idear respuestas siempre más eficaces, aptitud que no tiene paralelo, obedece precisamente al residuo de individualidad que en cada uno de nosotros sobrevive a pesar de la influencia decisiva de la sociedad y la cultura. Como simple unidad en el organismo social, el individuo perpetúa el *statu quo*, y como individuo contribuye a alterarlo cuando hay necesidad. Puesto que ningún medio ambiente es absolutamente estático, ninguna sociedad puede sobrevivir sin el inventor ocasional y sin su capacidad para hallar soluciones a los nuevos problemas. Aunque con frecuencia sus inventos obedezcan a presiones, que comparte con otros miembros de la sociedad, sus propias necesidades son las que lo empujan a idear cosas nuevas. El primer hombre que se envolvió en una piel o logró mantener vivo el fuego, no lo hizo por tener conciencia de que su sociedad necesitaba estas innovaciones, sino simplemente porque sintió frío. Pasando ahora a un nivel de complejidad cultural más elevado, no importa cuán perjudicial sea para la sociedad una institución existente en virtud de las condiciones cambiantes: el estímulo para alterarla o abandonarla nunca procede del individuo que no se ve afectado directamente. Las innovaciones de orden social las hacen quienes padecen por las condiciones reinantes, no los que de ellas se aprovechan.

El doble papel que desempeña el hombre, como individuo y como unidad de la sociedad, servirá de clave para muchos de los problemas de la conducta humana. Para funcionar con éxito como unidad de la sociedad, el individuo tiene que asumir ciertas formas de conducta estereotipadas, es decir, tiene que ajustarse a las pautas culturales. Gran parte de estas pautas tienden al mantenimiento de la sociedad más que a satisfacer las necesidades individuales. Las sociedades son organismos de cierta clase y se ha llegado a aceptar que tienen necesidades propias, distintas de las de los individuos que las constituyen. Pero esto conduce a error, puesto que las cualidades de las sociedades son totalmente diferentes a las de los organismos vivos, siendo más seguro, por lo tanto, expresar las necesidades de una situación social diciendo que una sociedad no puede durar ni funcionar con éxito en un momento dado si la cultura que le está asociada no llena algunos requisitos. Esta cultura debe

contar con técnicas para incorporar nuevos individuos al sistema de valores de la sociedad y prepararlos para que ocupen determinados lugares en su estructura; pero también ha de tener técnicas para recompensar la conducta socialmente deseable y anular la que no lo es. Por último, las pautas de conducta que forman la cultura deben estar ajustadas unas con otras en forma tal que se eviten los conflictos y se impida que los resultados de una pauta de conducta anulen los de otra. Todas las sociedades han creado culturas que satisfacen estas condiciones, si bien no está claro todavía el proceso de desarrollo.

Las pautas culturales de que depende toda sociedad para sobrevivir, tienen que implantarse como pautas de respuestas habituales por parte de sus miembros, lo cual es posible merced a la extraordinaria capacidad del hombre para absorber la enseñanza, y decimos enseñanza porque en ello va incluido algo más que el simple aprendizaje que dimana de las experiencias accidentales y no organizadas. Todo ser humano recibe de sus mayores una instrucción deliberada, con propósitos definidos, y en esta forma se van transmitiendo de generación en generación las complejas pautas de conducta. El incentivo del individuo para ajustarse a estas pautas radica en la satisfacción que proporcionan a sus necesidades personales especialmente la de lograr una respuesta favorable por parte de los demás. Sin embargo, desde el punto de vista de la sociedad, tales satisfacciones son importantes porque con ellas lo atrae. El individuo aprende las pautas como totalidades; abarcan las necesidades de la vida social lo mismo que abarcan las suyas propias. Muerde el cebo de la satisfacción personal inmediata y se ensarta en el anzuelo de la socialización. El hombre aprendería a comer como respuesta a su propia hambre, pero sus mayores le enseñan a “comer como caballero”, por lo que la necesidad de comer le lleva en sus años posteriores a obtener una respuesta que no sólo la satisfaga, sino que a la vez sea aceptable para su sociedad y compatible con sus otras pautas culturales. A través de la instrucción e imitación, el individuo desarrolla hábitos que lo llevan a desempeñar su papel social, no sólo con eficacia, sino también de una manera inconsciente. Lo que hace posible la existencia de las sociedades humanas es esta aptitud para reunir en una sola configuración elementos de conducta que satisfacen las necesidades individuales y sociales y para aprender y transmitir dichas configuraciones como todos. Acoplándose a ellas y estableciéndolas como hábitos, el individuo se encuentra preparado para ocupar un lugar en la sociedad y para desempeñar el papel que de acuerdo con él le corresponda.

Es de gran importancia para los estudios de la personalidad, el hecho de que la conducta humana le sea enseñada al sujeto en forma de configuraciones organizadas y no le desarrolle por sí mismo a partir de su propia experiencia. Esto significa que la manera por la que una persona responde a una situación determinada muestra a menudo lo que ha sido su enseñanza, más bien que lo que es su personalidad. En general, todos los individuos que ocupan una posición en la estructura de una sociedad responderán a muchas situaciones casi en la misma forma. El que un individuo de dicho grupo reaccione así no muestra otra cosa, en cuanto a su personalidad, sino que cuenta con una capacidad normal para instruirse. Sus predisposiciones personales no se revelarán mediante sus

respuestas culturalmente modeladas, sino por sus desviaciones de la pauta cultural. Son las discrepancias, y no su conducta normal, lo que reviste interés para conocerlo como individuo. En esto radica el gran interés de los estudios culturales para la psicología de la personalidad, y hasta que el psicólogo no sepa cuáles son las pautas de conducta impuestas por una sociedad determinada y pueda no tenerlas en cuenta como indicadoras de la personalidad, no estará capacitado para traspasar la fachada de lo que es adaptación social y uniformidad cultural, con el fin de llegar al auténtico individuo.